

VARIACIONES SOBRE UN TEMA DADO: HUMBERTO J. D'ARCANGELO *

Durante el viaje estuve relejendo aquella crónica.

El día anterior a mi regreso a Buenos Aires, recorriendo los buquinistas de la orilla del Sena en busca de alguna cosa original con que entretenerme durante las quince horas de vuelo, me encontré con un viejo ejemplar, correspondiente a la primera edición de la versión original en castellano, de *Sobre héroes y tumbas*.

La trágica historia que se cuenta en el libro me había impresionado profundamente cuando la leí, hacía muchos años, poco tiempo después de que apareciera con considerable éxito editorial. Luego se había escrito mucho sobre ella, investigando y descubriendo pormenores que en la primera lectura de este complejo y un poco caótico relato podían pasar inadvertidos. Sin embargo, me había resistido a releer el libro, como suele ocurrirme con todos aquellos que por algún motivo me han impresionado profundamente: temo desilusionarme. Me inquieta suponer que pueda enturbiar la luminosidad que irradian sensaciones que fueron muy intensas por intentar repetirlas. En otras palabras, tengo miedo a la pérdida de la ingenuidad.

En este caso, el tomo antiguo y manoseado, y sobre todo el misterio de la extraña parábola que hubiera realizado para llegar hasta las manos de ese hombre viejo, de barba corta y blanca, que tenía ante mí, cubierto con un sombrero gastado y lustroso de ala vibrante y enfundado en un sobretodo negro, no menos trajinado que el sombrero, cuyas solapas llevaba levantadas para protegerse del frío de un riguroso mes de febrero, vencieron mis resistencias. Me fascinaba y me inquietaba a la vez pensar en la valija de qué estudiante habría viajado el volumen desde mi país, en qué miserable cuartucho amueblado habría sido devorado por ese estudiante que suponía masculino y que me complacía en imaginar reconcentrado y extraño, angustiado y torturado, un poco una mezcla de Martín y de Bruno Bassán y hasta del propio Fernando Vidal Olmos. Porque la lectura de la historia de los personajes de aquel relato amargo y

* Personaje de la novela *Sobre héroes y tumbas*.

excesivo —como amarga y excesiva puede ser la realidad si damos por sentada la veracidad de los hechos en que se basa la crónica—, mi lectura original, la angustia, el odio, el placer diabólico que a un muchacho ilusionado, idealista y por lo tanto herido por el descubrimiento de la realidad, como era yo, produjeron el comprobar que no estaba solo, que había en el mundo otros seres que tenían mis mismos anhelos y padecían mis mismos sufrimientos, me hacían suponer ahora, muchos años después, que aquel que hubiera llevado como compañía de viaje un libro como ése no podía ser sino un muchacho, un estudiante, con similares características a las de mi propia personalidad a la misma altura de la vida. O quizá, simplemente, era la nostalgia por un viejo tiempo definitivamente pasado el impulso que me obligó, una vez que tuve el volumen en mis manos, a sacar la cartera y pagar al librero el precio que en temblorosos números verticales, escritos a lápiz, indicaba la primera página.

Durante la larga noche de ese viaje, escapándole al sol, volví a leer la crónica de los hechos y circunstancias que preludieron el asesinato y el suicidio con cuya noticia periodística se abre el relato, actos violentos sobre los cuales contribuye a echar alguna luz, aunque más no sea velada y tangencial.

Cuando la cabina quedó a oscuras y vi que mi vecino se disponía a dormir, pedí a la camarera autorización para cambiarme de asiento —el avión no llevaba más de la mitad del pasaje— de modo de no molestar a nadie con la lamparilla individual. Me ubiqué en una hilera que estaba vacía y, resignado de antemano a no pegar los ojos —me resulta imposible dormir en los medios de transporte—, me dispuse a leer por segunda vez aquella extraña y terrible historia.

Al llegar a Buenos Aires y reencontrarme con mi familia y mis amigos, después de varios años, me olvidé del libro cuyas páginas había recorrido de un tirón, al contrario de la primera oportunidad en que lo había hecho lenta y minuciosamente, a lo largo de muchos días, releendo las palabras y los párrafos con un placer que hoy, con la perspectiva del tiempo, me atrevería a calificar de morboso. El reencuentro estuvo lleno de alegrías y nostalgias: un aluvión y un borboteo de historias contadas apresuradamente, de manera compulsiva, que nos revelaban, a mis amigos y a mí, todo lo que éramos de nuevo, cuánto habíamos perdido, cómo se habían alejado, con divergencias tal vez insalvables, nuestros caminos respectivos. Más tarde, pasado el entusiasmo inicial, mi vida de desocupado temporario empezó a llenarse de vacíos que yo, empecinadamente, me ocupaba en cubrir con lentos y minuciosos recorridos por las calles de mi vieja y querida ciudad. Eran paseos melancólicos, solitarios, en esas horas

que sólo los desocupados están en condiciones de gozar o de sufrir, cuando las calles y las plazas, la costa y el puerto, les pertenecen exclusivamente, no porque estén solitarios, sino al contrario: porque estando colmados por una multitud que tiene rigurosamente marcados sus circunstanciales y transitorios destinos —se desplazan veloz y epidérmicamente desde y hacia puntos determinados, se ocupan febrilmente de tareas a realizar en lugares ciertos y absurdos— quedan abandonados a su observación desapasionada y crítica. Mis paseos, más que tránsitos por el concreto espacio geográfico de la ciudad que veía, eran viajes nostálgicos por el tiempo, hacia el pasado.

Como no podía ocurrir de otro modo, mis pasos, aparentemente sin destino, pronto terminaron llevándome hacia el sur de la ciudad, hacia donde había vivido casi toda la etapa de mi vida que había transcurrido en Buenos Aires, hacia San Telmo, hacia Barracas, hacia la Boca. Y una tarde me encontré subiendo la barranca del parque Lezama, deteniéndome arriba, frente a Paseo Colón, cerca de la esquina de Martín García. Hasta mí llegaron parsimoniosamente los ruidos del tránsito, distantes, como a través de una ventana que les confiriera, por el tamiz acústico del vidrio, un carácter remoto y apacible. Lentamente me fue invadiendo la misma sensación de calma de otros tiempos, cuando desde la barranca de la plaza San Martín y desde este mismo parque Lezama contemplaba, allá a lo lejos, la vida nerviosa de la ciudad.

Transcurrió un tiempo largo, no sé cuánto, antes de que me diera vuelta para internarme en el parque. A mi espalda vibró, lejana y apagada, la sirena de un barco.

De pronto, en un sendero solitario, me encontré con la estatua de la diosa Ceres y, cerca de ella, un banco vacío me trajo el recuerdo del libro que unos días antes había releído. Era tal vez el banco donde se habían encontrado por primera vez Martín y Alejandra. Sin embargo, en ese momento descubrí que en esta nueva lectura lo que más me había atraído no había sido el personaje del adolescente desamparado, ni el de la fascinante mujer atormentada, ni siquiera el del loco visionario, con todo el magnetismo que los locos geniales suelen ejercer sobre nosotros, ni tampoco el del intelectual contemplativo; habían sido algunos personajes secundarios, a los que les cupo en la historia un papel accesorio, seres simples y no obstante tan representativos de la idiosincrasia de los hombres de la ciudad y del país —Bucich, Hortensia Paz y sobre todo Humberto J. d'Arcángelo—, los que habían dejado en mí una huella más profunda. Recordé una frase, hacia el final de la historia, relacionada con la razón que salva a Martín del suicidio —esa idea de Bruno Bassán acerca

excesivo—como amarga y excesiva puede ser la realidad si damos por sentada la veracidad de los hechos en que se basa la crónica—, mi lectura original, la angustia, el odio, el placer diabólico que a un muchacho ilusionado, idealista y por lo tanto herido por el descubrimiento de la realidad, como era yo, produjeron el comprobar que no estaba solo, que había en el mundo otros seres que tenían mis mismos anhelos y padecían mis mismos sufrimientos, me hacían suponer ahora, muchos años después, que aquel que hubiera llevado como compañía de viaje un libro como ése no podía ser sino un muchacho, un estudiante, con similares características a las de mi propia personalidad a la misma altura de la vida. O quizá, simplemente, era la nostalgia por un viejo tiempo definitivamente pasado el impulso que me obligó, una vez que tuve el volumen en mis manos, a sacar la cartera y pagar al librero el precio que en temblorosos números verticales, escritos a lápiz, indicaba la primera página.

Durante la larga noche de ese viaje, escapándole al sol, volví a leer la crónica de los hechos y circunstancias que preludieron el asesinato y el suicidio con cuya noticia periodística se abre el relato, actos violentos sobre los cuales contribuye a echar alguna luz, aunque más no sea velada y tangencial.

Cuando la cabina quedó a oscuras y vi que mi vecino se disponía a dormir, pedí a la camarera autorización para cambiarme de asiento—el avión no llevaba más de la mitad del pasaje—de modo de no molestar a nadie con la lamparilla individual. Me ubiqué en una hilera que estaba vacía y, resignado de antemano a no pegar los ojos—me resulta imposible dormir en los medios de transporte—, me dispuse a leer por segunda vez aquella extraña y terrible historia.

Al llegar a Buenos Aires y reencontrarme con mi familia y mis amigos, después de varios años, me olvidé del libro cuyas páginas había recorrido de un tirón, al contrario de la primera oportunidad en que lo había hecho lenta y minuciosamente, a lo largo de muchos días, releyendo las palabras y los párrafos con un placer que hoy, con la perspectiva del tiempo, me atrevería a calificar de morboso. El reencuentro estuvo lleno de alegrías y nostalgias: un aluvión y un borboteo de historias contadas apresuradamente, de manera compulsiva, que nos revelaban, a mis amigos y a mí, todo lo que éramos de nuevo, cuánto habíamos perdido, cómo se habían alejado, con divergencias tal vez insalvables, nuestros caminos respectivos. Más tarde, pasado el entusiasmo inicial, mi vida de desocupado temporario empezó a llenarse de vacíos que yo, empecinadamente, me ocupaba en cubrir con lentos y minuciosos recorridos por las calles de mi vieja y querida ciudad. Eran paseos melancólicos, solitarios, en esas horas